

**ANTONIO DE NEBRIJA
Y SU ORIGEN
JUDEOCONVERSO**

Diego Moldes

Prólogo de Juan Gil

gedisa
editorial

Índice

Prólogo de Juan Gil	11
I. El origen judeoconverso de Antonio de Nebrija	15
I.1. Factores demográficos, sociológicos y de alfabetización	24
I.2. La genealogía oculta o inventada: Lebrija	49
I.3. Educación y hebraísmo	62
I.4. La relación con la imprenta	87
I.5. La Inquisición	93
I.6. Factores psicológicos y culturales de la personalidad	109
I.7. Relaciones con judeoconvertos y con judíos	121
Conclusión	127
<i>Post scriptum</i>	130
II. Anexo primero. ¿Quién fue Antonio de Nebrija?	131

III. Anexo segundo. Lecturas esenciales sobre Nebrija	135
IV. Anexo tercero. Primeras ediciones conocidas de obras de Antonio de Nebrija.....	141
V. Anexo cuarto. Nebrija en Salamanca	151
VI. Bibliografía consultada	161
VII. Webgrafía	169
Agradecimientos del autor.....	171

Prólogo de Juan Gil

Diego Moldes, escritor prolífico y versátil, tiene muchas pasiones (entre ellas, el cine), pero se ha sentido atraído sobre todo por las vicisitudes de los sefardíes y su fundamental aportación a la cultura española. Así lo demuestran dos hechos: que, sin ser judío, haya sido Director de la Fundación Hispanojudía y que, con un propósito más general, haya escrito un libro con el título de *Cuando Einstein encontró a Kafka*, para poner de manifiesto las *Contribuciones de los judíos al mundo moderno*: el subtítulo del mismo (2019). Por otra parte, su cargo de Director de Relaciones Institucionales de la Fundación Nebrija y coordinador del Comité de Actividades del Quinto Centenario de la muerte de Antonio de Lebrija, que conmemoramos este año, lo han llevado a interesarse de lleno por la figura del gran sabio andaluz.

Éste fue el lazo que nos unió. Permítaseme que, para explicar los motivos, cuente una historia personal. Husmeando en los protocolos hispalenses, descubrí que una hija del buen maestro Antonio, Sabina de Solís, se había casado con un converso conspicuo, el bachiller Juan Romero, perteneciente a una familia en la que había de todo: un rico jurado

sevillano, el licenciado Rodrigo Romero (el padre), y hasta un obispo, el dominico fray Reginaldo (el tío), que ocupó la sede de Tiberia. Este hallazgo, unido a la endogamia de los cristianos nuevos, me llevó a concluir, basándome por primera vez en documentos y no en suposiciones más o menos fundadas, que también hubo de correr sangre judía por las venas del ilustre latinista, hipótesis que he tratado de apoyar con nuevos argumentos en un ensayo reciente.

Sabedor de mi postura, Diego Moldes me escribió hace algún tiempo para comunicarme que, convencido como también él estaba de las raíces conversas de Lebrija, estaba escribiendo una monografía para demostrarlo. Yo no lo conocía entonces personalmente, de suerte que no concedí mucha importancia a aquellas palabras, tomándolas por uno de tantos piadosos deseos que se habría de llevar el viento. Los fastos del aniversario, que nos han puesto después en contacto en numerosas ocasiones, me han permitido comprobar la seriedad, la cultura y el entusiasmo desbordante de Moldes en todos los proyectos que emprende. Huelga decir que la promesa se cumplió: el libro que me anunciaba entonces es el que ahora tiene el lector en sus manos.

Parte Moldes de una premisa interesante: que «probar que Nebrija era hijo y nieto de cristianos viejos es casi imposible y, documentalmente, imposible del todo». Algunas de las razones que aduce son, por tanto, argumentos *a contrariis*: el bajísimo nivel de alfabetización de los cristianos viejos frente a la educación generalizada de los judíos; la escasa demografía de Lebrija comparada a la concentración de familias judías en el valle del Guadalquivir. Otras pruebas, por el contrario, destacan circunstancias de la vida del sabio dignas de ser tenidas en cuenta: la cultura de sus padres, im-

pensable en unos labriegos cristianos; la imprecisión deliberada con que Lebrija encubrió su linaje y la fecha de su nacimiento; su conocimiento del hebreo; su concepción mesiánica de la realeza; la estrechísima relación del sabio y sus hijos con la imprenta; su temeraria arrogancia, equiparada a la característica *chutzpah* judía, y sus contactos con otros conversos.

Diego Moldes, humilde —rasgo que lo honra—, se excluye en una ocasión de la nómina de expertos en la figura de Lebrija. Puede haber quizá alguna ingenuidad, alguna digresión innecesaria en este libro; tal vez algunos de sus argumentos parezcan débiles o no del todo convincentes. Pero, en general, su contenido desdice tal afirmación, pues el lector encontrará en estas páginas muchas sugerencias interesantes; y el mismo tono de la obra, polémico, pero cortés y moderado, anima al diálogo, no a la confrontación; algo raro en estos tiempos.

Quienes piensan que el maestro Antonio fue un cristiano viejo aducirán que salió ileso de un encontronazo con el Santo Oficio; alegarán una y otra vez que su hijo, Sancho de Lebrija, presentó pruebas de su alcurnia inmaculada al ingresar en el Colegio de Bolonia. Pero ¿no era el tío de su yerno, el marido de Sabina, tan dominico y tan obispo como el Gran Inquisidor, fray Diego de Deza? ¿Acaso no hubo de acudir toda la familia en defensa del encausado, cuyo único crimen fue escribir un libro de filología neotestamentaria y que acabó triunfando en toda la regla sobre sus acusadores: tanto, que Lebrija celebró su victoria publicando orgulloso la *Apología*, un baldón oprobioso para quienes habían secuestrado su obra? ¿No se han falsificado nunca certificados de pureza de sangre? ¿No concedieron algunos diplomáticos del régimen de Franco —un apellido que no brilla precisamente por su alcurnia de cristiano viejo— la ciudadanía española a los

judíos perseguidos por Hitler? Pero no bastan estos argumentos para convencer a los incrédulos. Hacen falta documentos. Ya saldrán.

12 de octubre de 2022

JUAN GIL FERNÁNDEZ,
Real Academia Española (RAE)
Presidente de la Comisión Científica
«V Centenario del fallecimiento
de Antonio de Nebrija»